

DOCUMENTO CONJUNTO DE LOS INSTITUTOS MISIONEROS DE FUNDACIÓN ITALIANA, MASCULINOS Y FEMENINOS

Con ocasión del centenario de la Carta Apostólica *Maximum Illud* (1919) de Benedicto XV, el Papa Francisco convocó el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019 “con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la *missio ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral” (Carta del Santo Padre al Card. Filoni).

También nosotros, los misioneros, en profunda sintonía con las intenciones del Papa Francisco, esperamos que este octubre misionero extraordinario se convierta para todos nosotros en una ocasión privilegiada para renovar el celo misionero por la misión gentes, de tal manera que toda nuestra vida, nuestros programas, nuestro trabajo, nuestras estructuras absorban de la misión y de la proclamación del Evangelio la sangre vital y los criterios de renovación.

Como representantes de los Institutos Misioneros de Fundación Italiana, masculinos y femeninos (Combonianos, Consolata, PIME y Javerianos), también nosotros deseamos que nuestra voz sea escuchada, compartiendo alegrías, esperanzas y preocupaciones, en una era de cambios en la que -ante los desafíos sin precedentes del mundo actual- aún nosotros, misioneros, nos encontramos a veces desorientados, pero al mismo tiempo, animados a tomar nuevos caminos.

Escribimos en nombre de tantos hermanos y hermanas (misioneros y misioneras), a quienes estamos inmensamente agradecidos; quienes trabajan con pasión y dedicación en lugares inaccesibles y peligrosos, en solidaridad con los pueblos con los cuales comparten, a menudo a riesgo de sus propias vidas, angustias y peligros. Su ejemplo, su pasión y su abnegación, su vida dedicada a los demás en “un esfuerzo crucificante” nos alienta y nos anima a ir adelante. Son ellos quienes nos dan testimonio de que es maravilloso dar la vida por la proclamación del Evangelio del Señor Jesús, muerto y resucitado por nuestra salvación, y de que es hermoso desgastarse por los demás. Son ellos los que nos recuerdan que la vida se encuentra solo dándola.

Estamos especialmente agradecidos con los muchos misioneros africanos, asiáticos y latinoamericanos que han revitalizado nuestros Institutos. La nueva geografía vocacional nos obliga a repensar nuestra vida comunitaria y nuestros modos de convivir con personas de culturas diversas. Sabemos, de hecho, que un gran desafío para el futuro inmediato será el de construir comunidades interculturales.

1. UN ENCUENTRO QUE NOS HA CAMBIADO

Al comienzo de nuestra vocación, cuyo fundamento común es el Bautismo y la Confirmación, está la experiencia transformadora que cambió la vida de cada uno de nosotros: el encuentro con Jesucristo que, como escribió el Papa Benedicto XVI, “da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.” (*Deus Caritas est*, n.1).

Es de aquí que nació nuestra pasión por la misión, porque un verdadero encuentro que transforma la vida y el modo de pensar y sentir solo puede llevar al anuncio.

Las palabras que San Pablo VI pronunció, en Manila en 1970, tienen un eco particular para nosotros y resumen bien el sentido de nuestra vida y nuestra vocación:

“Sí, siento la necesidad de anunciar a Jesucristo, no puedo guardar silencio [...]. Debo confesar su nombre: Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios vivo [...]. Él es el revelador del Dios invisible, es el primogénito de toda criatura, es el fundamento de todo; Él es el Maestro de la humanidad, él es el Redentor; nació, murió, resucitó por nosotros; Él es el centro de la historia y del mundo; Él es el que nos conoce y nos ama; es el compañero y amigo de nuestra vida; Él es el hombre del dolor y de la esperanza; es el que debe venir y el que un día debe ser nuestro juez y, nosotros

esperamos, la plenitud eterna de nuestra existencia, nuestra felicidad. No terminare nunca de hablar de Él: Él es la luz, es la verdad, [...]; Él es el Pan para nuestra hambre, la fuente de agua viva para nuestra sed; Él es el pastor, nuestro guía. Nuestro ejemplo, nuestro consuelo, nuestro hermano”.

Sí, desde él tienen sentido nuestra vida y nuestra misión, porque, como escribe una vez más San Pablo VI, «No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios.» (*Evangelii nuntiandi* n. 22).

Todo lo que vivimos: las alegrías y las esperanzas, el dolor, las lágrimas de aquellos a quienes somos enviados, los miedos de los que sufren y de los perseguidos; todo lo que hacemos: curar las heridas del cuerpo y del alma, permanecer cerca de estos hermanos y hermanas nuestros, incluso a costa de nuestras propias vidas, todo está animado por el deseo de compartir la vida de Jesucristo, su sueño de un mundo justo y fraterno, su pasión por el Reino.

1.1 Comunidad Misionera

Conscientes de que la misión no es un hecho individual sino eclesial, reafirmamos la importancia de vivir nuestra vocación misionera en comunión con quienes comparten nuestro mismo carisma y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que aspiran, por vocación, a construir el Reino de Dios. Sabemos, de hecho, que el servicio a la misión es un evento de comunidad en cuanto nuestro encuentro con Jesús, que desemboca en el anuncio, se manifiesta en la historia compartida del carisma particular de nuestros Institutos y en la participación en el carisma de nuestros fundadores. Por este motivo, reiteramos que la misión no puede ser un hecho individual y solitario sino, esencialmente, un evento de comunión, un sentir *cum ecclesia*: con la Iglesia universal y particular de la que nosotros los misioneros somos expresión y por la que somos enviados, y con la Iglesia particular a la que somos enviados. Asimismo, creemos que el testimonio de la vida en común y la vida fraterna de nuestras comunidades en misión ya es un primer anuncio del Evangelio de Jesucristo:

“La comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera... La comunión y la misión están profundamente unidas, se compenetran y se implican naturalmente, hasta el punto de que la comunión representa la fuente y, al mismo tiempo, el fruto de la misión, la comunión es misionera y la misión es en orden a la comunión. Toda comunidad religiosa, (...) no se repliega sobre sí misma, sino que se hace anuncio, ‘diakonía’ y testimonio profético. El Resucitado, que vive en ella, comunicándole su Espíritu, la hace testigo de la resurrección”. (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *La Vida Fraterna en Comunidad*, n. 58).

2. LOS INSTITUTOS MISIONEROS AD GENTES

Nuestros Institutos, aunque comparten la pasión común por la misión, tienen formas diferentes de vivir las exigencias que esta presenta, en fidelidad al patrimonio carismático de cada instituto. Esta herencia, vivida en las circunstancias del tiempo, de lugar y cultura diversa es la gracia "multiforme" de la única misión de la Iglesia, signo e instrumento de la misión del Hijo de Dios que se encarna y se convierte en historia en las múltiples situaciones de los pueblos.

Acogemos la invitación de Jesús a estar con él para ser enviados a la misión. En él, con él y por él, la Iglesia nos envía a ser signo de comunión y de esperanza como personas consagradas para la misión *ad gentes*, poniéndonos al servicio especialmente de los pobres y marginados, en fidelidad al espíritu y al carisma de nuestros Fundadores. Estamos agradecidos con Dios por el camino que nos ha hecho recorrer en estos años. Agradecemos al Señor por el don de la vocación misionera que recibimos, que buscamos profundizar y moldear a la luz de los desafíos de hoy, viviéndola con apertura a la universalidad.

2.1 Incomodidad

No podemos callar que muchos de nosotros vivimos con una cierta incomodidad los desafíos que la misión *ad gentes* enfrenta hoy. Para algunos, la afirmación de que 'todo es misión y en todas partes hay misión' revela, en realidad, cansancio y falta de motivación por la misión '*ad gentes*', cuya complejidad y diversidad, si se interpretan de manera subjetiva, a menudo se convierten en una razón para reclamar una misión como 'propia'.

El malestar también afecta a la formación y a la animación misionera, donde los criterios y los métodos son puestos en discusión por los cambios de época y por los cambios repentinos en curso. De igual manera, en la vida religiosa, observamos un debilitamiento del sentido de pertenencia, acompañado por una disminución drástica y el envejecimiento del personal (especialmente en los países occidentales).

Estamos atravesando un tiempo de crisis que abarca todas las dimensiones de nuestra vida: identidad, sentido de pertenencia, métodos y lugares de compromiso misionero, estructuras.

Ante estas dificultades objetivas que causan inestabilidad e inseguridad, no queremos desanimarnos. Más bien queremos tomarlas como una invitación del Espíritu Santo para discernir la voluntad de Dios para nuestro tiempo. Por esta razón, también se advierte la necesidad de una formación inicial más experiencial y menos teórica, atenta a los aspectos humanos, relacionales, motivacionales de los candidatos. Desde el principio del itinerario formativo se necesita claridad sobre el carisma *ad gentes*, *ad extra*, *ad vitam* y sus implicaciones.

Creemos que necesitamos la "audaz humildad" para probar formas nuevas y dejarnos interpelar por la misión, por los pobres, por las personas con quienes compartimos la vida.

2.2 Nuestros Institutos y la Iglesia Local

Nuestros fundadores han tenido fuertes raíces en la Iglesia de donde provenían: recordamos a Mgr. Angelo Ramazzotti, obispo de Pavía; Mons. Guido M. Conforti, obispo de Parma; Giuseppe Allamano y Mons. Daniele Comboni. Sin embargo, debemos reconocer que, con respecto a la Iglesia local de origen, en una especie de autosuficiencia carismática, a veces, hemos olvidado ser una expresión de su naturaleza misionera y martirial.

Por eso, con una conciencia más viva, deseamos reiterar que nuestra contribución se configura como anuncio misionero a los lejanos, a las periferias existenciales y más allá de los límites geográficos de nuestra Iglesia de pertenencia. A pesar de que la reciente reflexión misionera también habla de misión *inter gentes*, es decir, de una misión global no vinculada a criterios geográficos y jurídicos, para nosotros el calificativo *ad gentes* mantiene toda su validez, como lo afirma con autoridad la Encíclica Misionera *Redemptoris Missio* (n. 34) de San Juan Pablo II:

“La misión *ad gentes* (...) se distingue de las demás actividades eclesiales, porque se dirige a grupos y ambientes no cristianos, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial. Por tanto, se caracteriza como tarea de anunciar a Cristo y a su Evangelio, de edificación de la Iglesia local, de promoción de los valores del Reino”.

Creemos, además, que nuestra tarea, sobre todo hoy, en una época en la que se está insinuando cada vez más el miedo y la sospecha hacia el extranjero y el emigrante, sea también aquella de favorecer el encuentro entre personas y el diálogo entre culturas y religiones diferentes; de facilitar un intercambio fecundo entre las Iglesias locales en los diversos continentes y, diciéndolo con humildad, recordar a la Iglesia local su compromiso misionero contra la tentación de la auto referencialidad. Aquí resuena el mismo llamado que el Papa Benedicto XV lanzó con la Carta Apostólica *Máximum Illud*, cuando, después de la crisis misionera causada por la Primera Guerra Mundial, pidió a las iglesias europeas que se abrieran de nuevo y con valor, a la misión.

3. LA MISIÓN

Para nosotros, como ya lo dijo San Pablo VI, evangelizar es la gracia y la vocación propia de nuestros Institutos, su identidad más profunda (ver EN No. 14). Es, de hecho, la opción misionera que hace capaz “de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”, como subraya el Papa Francisco (*Evangelii gaudium* n.27).

Debe subrayarse, sin embargo, que esta misión no nos pertenece porque brota de la gracia de Dios: “la primera palabra, la verdadera iniciativa, la actividad verdadera”, el Papa Francisco escribe de nuevo, reportando las palabras de Benedicto XVI, “viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser —con Él y en Él— evangelizadores” (EG n.112).

3.1 Repensar la misión

Hoy, las situaciones cambiantes del mundo y de la Iglesia nos obligan a repensar las formas de hacer la misión. Por lo tanto, necesitamos nuevos paradigmas que den un marco de referencia a la acción misionera.

El Concilio Vaticano II profundizó el concepto de misión indicando como su horizonte la construcción del Reino de Dios en la historia, del cual la Iglesia es “semilla y comienzo” (*Lumen gentium* n.5) y “sacramento visible” (LG n. 9) y del cual, la Iglesia, está al servicio, como San Juan Pablo II nos recuerda en *Redemptoris Missio*:

“La Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino. Lo está, ante todo, mediante el anuncio que llama a la conversión; éste es el primer y fundamental servicio a la venida del Reino en las personas y en la sociedad humana... La Iglesia contribuye a este itinerario de conversión al proyecto de Dios, con su testimonio y su actividad, como son el diálogo, la promoción humana, el compromiso por la justicia y la paz, la educación, el cuidado de los enfermos, la asistencia a los pobres y a los pequeños, salvaguardando siempre la prioridad de las realidades trascendentes y espirituales, que son premisas de la salvación escatológica.” (RM n.20)

3.2 En contexto

En este horizonte, la misión debe tener en cuenta los contextos diferentes, encarnándose en las diversas situaciones. Esta requiere compromiso para entrar en ambientes sociales, culturales y religiosos diferentes, como nos recuerda el Papa Francisco:

“Las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan.” (*Gaudete et exsultate*, n. 44).

3.3 Un estilo marcado por la reciprocidad

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma” (EN n. 15). Por eso deseamos dar vida a comunidades insertadas en una realidad misionera, en contacto con las personas a las que estamos llamados a servir y que desafían la autenticidad de nuestro testimonio. Anhelamos un estilo de misión marcado por la reciprocidad, donde el misionero y la misionera es al mismo tiempo evangelizador y evangelizado.

3.4 Tocar la carne sufriente del hermano

Recordamos a muchos de nuestros misioneros y misioneras que, en este momento, tocan “la miseria humana y la carne sufriente de los demás” (EG n. 270) incluso a costa de su propia vida: en algunas naciones

africanas donde persiste la violencia y la guerra; En Asia, donde los cristianos son una pequeña minoría, a menudo perseguida, y donde nuestros misioneros construyen laboriosamente una plataforma de diálogo y de respeto mutuo; en algunos países de América del Sur donde existen graves violaciones a los derechos humanos; pero también en los países occidentales donde prevalece la “dictadura del relativismo” y de la intolerancia, y donde la gente busca desesperadamente el sentido de la vida “atentas” (Hech 17, 27).

Los misioneros asesinados en 2018 son 40, el doble que en 2017; otros de ellos han sido secuestrados. Recordamos, entre otros, al p. Pierluigi Maccalli de la Sociedad de las Misiones Africanas y a la hna. Gloria Cecilia Narváez, de las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada. Recordar a todos los religiosos y religiosas, sacerdotes, catequistas y líderes de las comunidades cristianas que sufren por el Evangelio y por la defensa de los pobres sería imposible. Su testimonio, que no hace ruido pero que es elocuente porque está animado por el amor y la compasión, es anuncio efectivo de Jesucristo.

3.5 Para que tengan vida

Estamos convencidos de que lo que llevamos, Jesucristo y el Evangelio del Reino, es esencial para la vida de las personas entre las que vivimos y con quienes trabajamos: “Yo he venido, dice Jesús, para que tengan vida y la tengan en abundancia.” (Jn 10,10). Es un anuncio que exige un cambio de corazón y de mente: no puede haber anuncio del Evangelio sin metanoia, sin conversión (Mc 1,15; Mt 4,17), tanto en quien lo proclama como en quien lo recibe: el Evangelio es una espada de doble filo que juzga y me juzga. No puede haber anuncio del Evangelio sin parrisia, sin el valor de proclamar la Verdad y de juzgar las estructuras de muerte y alienación que sofocan a los más débiles: no hay anuncio sin profecía.

3.6 Misión es colaboración

También creemos que la acción misionera no puede existir sin la colaboración: entre los institutos misioneros, la Iglesia local, los laicos y los líderes de la comunidad, y todas las personas de buena voluntad.

En particular, se debe encontrar una mejor sinergia entre los institutos específicamente misioneros y las iglesias particulares en las que estos trabajan, de modo que su carisma específico esté también realmente, al servicio de la vocación misionera de aquellas iglesias.

La misma Carta Apostólica *Máximun Illud* destacó la importancia de la colaboración entre los diversos miembros eclesiales: “toda vez que, dentro de una misma región, - escribió el Papa Benedicto XV - hay otros muchos asuntos comunes que naturalmente no pueden solucionarse sino de común acuerdo.”

Nos gustaría subrayar con satisfacción cómo, en los últimos años, la colaboración entre congregaciones, especialmente en la gestión de proyectos que requieren personal numeroso y calificado para servicios específicos y un esfuerzo económico considerable, se está convirtiendo en una práctica común y en un método de misión que, sin embargo, debe fortalecerse.

CONCLUSIÓN

Nosotros, representantes de los institutos misioneros de fundación italiana, masculinos y femeninos, queremos hacer nuestras las palabras de San Pablo: "Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Cor 9,16). La evangelización para nosotros es pasión, pasión por Cristo y su Reino y, de manera especial, pasión por los ‘pobres’ de la tierra, los explotados y los excluidos. Que el Dios de la vida nos sostenga y el celo por la misión que ha animado a nuestros Fundadores también pueda ser para nosotros hoy una fuente de inspiración en nuestra actividad misionera.

Los Institutos Misioneros de Fundación Italiana, masculinos y femeninos

Institutos Exclusivamente Misioneros de Fundación Italiana
Superiores y Superiores Generales

Misioneros Combonianos

Misioneras Combonianas

Misioneros de la Consolata

Misioneras de la Consolata

Misioneros Javerianos

Misioneras Javerianas

Misioneros PIME

Misioneras PIME